

RASGOS PSICOLÓGICOS

DE

INDIOS SUDAMERICANOS

POR

SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO

PRELIMINAR

Todos sabemos lo que eran los indígenas de Méjico, de Centro América, de la región andina desde Panamá hasta los límites australes de la cultura dicha del Perú: nadie se atrevería a negar que su mentalidad podría llegar hasta donde alcanza la de las gentes del Viejo Mundo en sus finalidades.

La conquista y todas sus consecuencias alteraron el curso de la evolución indígena, y cuatrocientos años de sujeción al dominio más o menos duro (1) de la raza invasora, no podía menos que atrofiar todas las facultades mentales y morales de los sometidos: así los Indios eran morales (2) entre sí, pero inmorales, hasta perversos, para con sus opresores, porque eran víctimas, muchas veces, de toda clase de injusticias, y veían que los llamados cristianos no se perdonaban ni siquiera los unos a los otros, cuando ellos, los Indios entre sí, se respetaban con todos los puntillos del más cumplido caballero castellano.

El invasor, empero, necesitaba justificar su atropello de los derechos del Indio en su propia América, negándole a éste

(1) Los más eran aventureros y muchos militares criados en las ideas de las guerras contra los Moros, de raza contra raza, de religión contra religión, y no todos fueron castellanos; entraron muchos alemanes también, y en nuestro siglo sabemos como trataron a la inocente víctima, la Bélgica.

(2) Amorales si se quiere, según la norma nuestra.

hasta su calidad de *homo sapiens*, con alma y cuerpo como el mejor de sus nuevos amos, hasta que la Santa Sede definió la verdad desnuda de que el Hombre Americano era como los demás hombres de su género, especie mundial, un ser inteligente, con cuerpo y alma como el mejor de sus opresores *Arva-nos* (1).

Así lo pensaron y así lo legislaron también los reyes de Castilla (2), que en muchas de sus cédulas reales y demás instrumentos para servir al mejor gobierno de las Indias y sus habitantes, invocaban esta razón sobre todas las demás que cupieren —«en descargo de la real conciencia»— porque no la tenían demasiado tranquila en cuanto a la conquista de América.

Terrible es la desaparición de tanta nación y estirpe de Indios en las tres Américas, desde que empezó la despoblación de ellos en las Antillas a principios del siglo XVI hasta nuestros días en los Chacos y Pampa: ¡naciones enteras exterminadas porque se defendían en pro de sus tierras y hogares, queriendo conservar su libertad y vivir a su modo!

La ocupación de la Pampa por los Indios Araucanos la conservó para que la Argentina de hoy pueda tenerla por suya, pero los pocos que quedan de ellos en vano solicitan que se les reconozca como dueños de miserables rincones donde antes lo eran del todo.

La mejor arma, los caballos y el valor intrépido del castellano los vencieron; pero mucho ayudaron desde Méjico hasta el Perú las traiciones de Cortés y Pizarro, porque traición es si se abusa de un hospedaje.

No es, empero, de Méjico ni del Perú, ni de su mentalidad o cultura, que ha de tratarse en estas páginas, sino de ciertos otros Indios de las Antillas y Brasil que, aunque llamados «salvajes» por los autores que de ellos han escrito, sabían raciocinar como cualquier otro ser humano de los que se jactan de ser civilizados.

Los indígenas que nos servirán de tema, son ciertos *Carraibes* y *Tupinambás* de principios y mediados del siglo XVII, aquéllos, de las Antillas Francesas, éstos, del Norte del Brasil, en la parte más inmediata al Amazonas.

(1) Así se evitan confusiones con ciertos herejes de la religión cristiana.

(2) Porque de Castilla y León era la América, una de las glorias de Isabel la Católica.

Los ejemplos más resaltantes los relata el misionero francés Ives d'Evreux (1613-14) en su obra *Voyage dans le Nord du Bresil*: un sólo ejemplar se conserva (1) en la Biblioteca Nacional de París, y fué reimpresa por M. Ferdinand Denis en 1864. Los Indios de la isla Marañan y su tierra firme inmediata eran *Tupinambá* y *Tobayara*, naciones conocidas de tipo Guaraní.

Para los *Caraiibe* — antillanos hemos acudido a lo que sobre ellos han escrito el P. Bretón en su «Diccionario» de esa lengua y M. de Rochefort, en su Historia de las Antillas, a mediados del siglo XVII.

Las obras estas contienen muchos datos sobre la vida y costumbres de estas dos estirpes, haciéndonos conocer mucha información acerca de sus usos, costumbres y organización social y lo que es más, su modo de pensar y de discurrir sobre las cosas del día y las enseñanzas de los mismos misioneros.

El P. Bretón nos ha legado dos trabajos de lingüística importantes, pero en los artículos de un «diccionario» no se puede profundizar mucho, sin alargarlo demasiado; Rochefort sobre los *Caraiibes* y el P. Ives sobre los *Tupinambá-Tobayara* son bastante detallados en sus relaciones; desgraciadamente el original de Ives está trunco, y a veces en partes donde lo que falta prometía ser del mayor interés (2).

Todo lo concerniente a la esclavitud entre estos Indios se describe con proligidad, razón por la cual se ha podido utilizar para mucha parte de este estudio tan relacionado con la mentalidad de los tales Indios; pertenecían ellos a dos de las mejor conocidas y más importantes estirpes de las costas atlánticas, aunque de una cultura muy inferior a la que es propia de los Andes, de Centro América y de Méjico.

Se ha creído mejor reproducir el lenguaje de los mismos autores aun cuando no se haya hecho mayor uso de las comillas, porque los originales franceses se prestan fácilmente a la versión castellana y siempre son preferibles *ipsissima verba*, hasta donde esto quepa en los idiotismos aun de idiomas hermanados.

(1) Los otros se sacrificaron en aras del casamiento de la Infanta Ana de Austria con Luis XIII Rey de Francia. Este tomo, siquiera trunco, se salvó por milagro.

(2) El editor de la reimpresión cuenta por qué se hizo holocausto del ameno libro— razón de estado

I

CÓMO ESTOS INDIOS TRATAN A SUS ESCLAVOS (1)

Otras de estas leyes son, que los esclavos de ambos sexos no se han de casar sin la venia de los amos, y por esta razón, que tanto el varón cuanto la mujer han de vivir con aquéllos, y que los hijos que procreen éstos, han de pertenecer al patrón. Lo usual es que los salvajes *Tapinambó* tomen a las jóvenes esclavas por mujeres y que den sus propias hijas o hermanas para que lo sean de los varones esclavos, aumentando así el número de la familia y asegurando carne para la olla (2). Los franceses se manejan de otra laya; porque compran ellos esclavos y esclavas, los casan unos con otras, ellas para cuidar de la cocina, ellos para proveer de caza y pesca; sucede a veces que algún francés consiga y compre alguna joven esclava, se la hace ver a algún mocetón de los *Tapinambó*, muy inclinados a enamorarse de las bien parecidas, y le promete en seguida que será su yerno, como que quiere a la esclava como a su propia hija: de esta suerte el tal *Tapinambó* se viene a vivir con el francés, se casa con la joven muchacha y en condiciones tales que de uno se hacen dos los esclavos; él les da el trato de hija y de yerno, y ellos le dicen *he-ro-u* (3), esto es: «mi padre».

Las muchachas esclavas que no se casan, se buscan la vida como pueden, siempre que el amo no se lo prohíba, con tal o cual persona; porque entonces si llegasen a ser descubiertas les iría bastante mal. El amo, empero, no les puede prohibir en general que sirvan al prójimo, porque en tal caso le interpelearían lisa y llanamente así: «pues entonces tómanos por mujer, si no quieres que otros nos requieran de amor».

Los esclavos han de conducir fielmente toda la caza y pesca y entregarla a los pies del amo o del ama, quienes elegirán lo que sea de su agrado, y lo que sobre les devolverán para que coman aquéllos. Nada les es lícito hacer para los de fuera sin la venia del patrón, ni tampoco regalar la ropa que éste les

(1) IVES D'ÉVREUX. «*Voyage dans le Nord du Brésil*». Cap. XVI, ps. 2 y siguientes.

(2) Sin duda, a veces humana, pero aquí la idea es la de caza o pesca, alimento ordinario de los días que no son fiestas.

(3) Ortografía francesa, *ou = u*.

haya dado, sin el previo permiso correspondiente, de lo contrario el patrón podrá recobrar lo regalado del que lo tenga, como cosas que no eran propias de los esclavos para dar.

Ellos no pueden pasar a través de las barreras de las logias, que no son sino de «*pindo*» o ramas de palmera, so pena de muerte; pero han de pasar por la puerta, siendo que para los *Tapinambo* les es indiferente que pasen por la puerta común o a través de la barrera de ramas.

Ellos no se han de exponer al caso de quererse fugar, porque si así lo hacen y los alcanzan, es asunto concluído; sin remedio serán comidos; ya no son cosas del amo sino de la comunidad, y de ello resulta que cuando se trae un esclavo de estos tráfugas, las viejas del villorrio salen de sus bohíos al encuentro del fugitivo, pidiendo a gritos a los conductores que se lo entreguen para comérselo, golpeándose la boca con sus manos y diciendo: «nos lo comeremos, nos lo comeremos, nuestro ya lo es.» He aquí un ejemplo al caso:

Érase un Principal guerrero de la Isla Marañan, *Ibouyra Pouitan* por nombre,—así se llama el palo del Brasil—; volvía de una guerra y traía sus esclavos; a uno de ellos se le antoja fugarse, lo capturan y se lo traen, sucediendo aquí la de marras. Mucho costó poderlo salvar, aunque estaba prohibido que se comiesen esclavos; a no haber mediado serias amenazas, el desgraciado aquél de seguro que pasara de las manos a las tragaderas de aquellas harpías.

Si por algún acaso, sucede que estos esclavos lleguen a morir de cualquier enfermedad, que los privase de su lecho de honor ⁽¹⁾, es a saber: el de ser muertos y comidos en pública asamblea, entonces, poco antes de entregar ellos el alma a su creador, los llevan arrastrando al sertón ⁽²⁾ al lugar donde les rompen la cabeza y hacen saltar la tapa de los sesos, arrojando los cuerpos al campo para que los devoren ciertos grandes pajarracos, parecidos a los cuervos de por acá, que se comen a los ahorcados o quebrantados en la rueda; si por casualidad los hallaren muertos en la cama, los tiran al suelo, los llevan arrastrando por los pies al sertón donde los ultrajan como se dijo ya. Todo lo cual ha dejado de hacerse en la Isla y luga-

(1) Para ellos, según parece, la capilla ardiente.

(2) Voz favorita de los portugueses en América para nombrar la selva virgen.

res circunvecinos, no siendo como excepción y muy ocultamente (1).

Gozan, empero, estos esclavos, de muchos privilegios y a ello se debe que tan de buen grado permanecen entre los *Tapinambó* (2), sin querer fugarse, respetando a sus amos y amas tal como a padres y madres, en razón del cariño con que éstos los tratan, siempre que se cumpla con el deber: jamás los riñen ni los molestan de manera alguna; tan lejos están de azotarlos, que les aguantan muchas cosas siempre que no sean contra su ley; mucha lástima les tienen, y cuando ven que los franceses tratan duramente a sus esclavos, esto les hace llorar; si éstos se quejan de los malos tratos de los franceses, se lo creen a pie junto; si se les huyen a los franceses, los ocultan, les llevan de comer al sertón (3), los van a visitar allí, las hijas de los otros Indios van a dormir con ellos, les avisan de todo lo que pasa, les dicen lo que han de hacer; a tal grado llega todo esto que difícilmente logran prender o recuperarlos, ni con veinte hombres que les sigan la pista (4): cosa ésta que no sucede si se trata de esclavos pertenecientes a los de su propia mesnada.

En este punto de la relación, el P. Ives nos cuenta algo de gran interés, porque es un caso psicológico propio de la mentalidad del Indio: es una de las tantas anécdotas que embellecen el libro de este autor.

«Un día preguntábase yo a uno de los esclavos nuestros si no se consideraba muy dichoso de hallarse conmigo, primeramente porque yo le estaba enseñando lo que es el «temor de Dios», y después, por aquello de la seguridad de no llegar a ser comido por sus semejantes; aparte de que siendo ya cristiano se le daría la libertad y viviría con los Padres, tal y como si fuese propio hijo de ellos; esto fué lo que me contestó por boca de mi «*truchimán*» (5): Se consideraba feliz de haber caído en manos de los Padres, tanto por llegar al conocimiento de Dios, cuanto por lo de vivir con ellos, por lo demás, empe-

(1) ¿Cuánto tiempo duraría todo esto luego después de las bodas de Francia con España, dueña entonces de las colonias portuguesas, que España perdió por otra pretendida boda que no se realizó?

(2) Esta forma *Tapinambó* por *Topinambá* es interesante, porque explica la confusión que se advierte en el modo de pronunciar la *o* y la *a* en estas lenguas.

(3) «Al monte», como diríamos nosotros.

(4) No serían *Guarapes* ni *Riojanos* los tales rastreadores.

(5) El padre Ives se vale de la misma voz nuestra.

ro, bien poco le preocupaba la idea de llegar a ser comido, porque (al decir de él) muerto uno ya le es indiferente si es lo comen o no se lo comen, todo ello es uno para el muerto: para mí la real pena sería de haber fallecido en mi cama y no de morir como los Principales, en medio de danzas y de «*Caouins*» (1) vengándome antes de morir de aquellos que me hubieren de comer: siempre que me acuerdo que soy hijo de uno de los Principales de mi tierra, que mi padre era temido, que lo rodeaban para escucharlo cuando concurría al «*Carbet*» (2), y me veo ahora esclavo, sin poderme embijar, sin coronas, ni brazales ni pulseras de plumerío como se engalanaban los hijos de nuestros Principales, quisiera más bien estar muerto, y mucho más me aflijo cuando sueño o recuerdo que me cautivaron, siendo yo niño, con mi madre en mi tierra y conducido al lugar de *Comma*, donde presencié que la mataron y se la comieron a mi madre con la cual deseando estaba yo también morir, porque ella me amaba tiernamente, y yo tengo que sentir viéndome sobrevivir:» al pronunciarse así, lloraba inconsolable a lágrima viva; de verlo no más partía el corazón; bien sabía yo, por experiencia, lo amorosos que son los «*Salvajes*» (3) para con sus padres, como también los padres para con ellos». P. 54.

Más tarde, agregaba esto: que después de muerta y comida la madre, los amos lo adoptaron por hijo, y él les daba a ellos el trato de «padre» y «madre»; cuando de ellos hablaba lo hacía con un cariño inefable, y eso, a raíz de que se comieran la propia madre de él y hasta se hubiesen puesto en el afán de intentar comérselo a él también poco antes de la llegada de los Misioneros a la Isla. Aquellos «amos» hacían el sacrificio de andarse unas 50 leguas de camino hasta la Misión, por ver al esclavo de otro tiempo.

Muchos son los otros privilegios de los esclavos; hasta les es permitido galantear a las muchachas libres, ateniéndose a lo lícito, pero sin excluir a las hijas de sus mismos amos, siempre que éstas hubieran sido consentidoras, como que en realidad ellas no se hacen mucho del rogar; lo que sí, hasta cierto

(1) Gran fiesta con bebida *ad libitum*.

(2) Casa de asamblea de estos indios.

(3) Modo de decir en lugar de «Indio». No debe uno conformarse con el apodo de «Salvaje» aplicado así a ciertos *Indios* de las Américas, y por cierto que ni *Caráibis* ni *Tupi-Guaraní* lo merecían, no siendo por lo de «comedores de carne», y... ni por esas.

punto, se guardan las apariencias y se valen de citas en lugares excusados, más bien para evitar las bromas entre ellas mismas, porque «hijas-de-algo» entre ellas se entregan a simples esclavos; la mácula esta, empero, es insignificante, pues más bien sirve para jarana que para deshonor.

A los *Caouins* (1) y danzas públicas, los esclavos concurren con toda libertad, engalanándose el cuerpo de mil maneras con embijamientos y plumeríos, si los han podido haber, todo lo cual, entre ellos, prendas caras son.

Con los hijos propios de la casa, entre ellos se tratan cual si fuesen hermanos. En una palabra: el cautiverio de ellos es una vida de plena libertad.

Muy curiosa es la relación que el autor nos ha dejado del modo como se apoderaban de los prisioneros o los hacían sus esclavos, fiel reproducción de lo que pudo averiguar de los esclavos regalados por los de aquella tierra para subvenir a las necesidades de la Misión. Cuenta que cierto día, reconvenía de haraganería a uno de tales, dado por un *Tapinambó*, por razón de que no correspondía el trabajo a la capacidad de sus fuerzas; esta fué la manera como respondió a la reprensión, y eso que habíase hecho con toda suavidad, porque el Padre estaba bien enterado de cómo se había uno de manejar con gente de esta nación; para ellos las reprensiones son heridas y lastimaduras, y los azotes, la misma muerte, antes bien, preferían morir honorablemente, como ellos lo llaman, es decir, en plena asamblea de sus semejantes (2), como muy bien lo ha descrito el R. Padre Claudio. Esta fué la respuesta del Indio aquel al P. Ives: «Tú no me has puesto la mano sobre mi espalda, estilo guerrero, así como me lo hizo quien a tí me entregó para que me hicieses tuyo»; incontinenti me entró la curiosidad de averiguarle al «*Truchimán*» lo que todo aquello significaba, y en seguida me hice cargo de que era ceremonia guerrera usual entre aquellas naciones, a saber: que cuando un prisionero caía en manos de cualquiera, aquel que lo apesara le había de dar una palmada sobre la espalda, diciéndole a la vez «yo te hago mi esclavo», y desde ese mismo momento el pobre cautivo, por muy principal que haya

(1) *Caouins*. Sin duda la voz *guarani*. *Caguaí*, *bebendurria* o *borrachera*. Ver *Tesoro*, RUIZ DE MONTOYA, f. 85. Ed. Platzman.

(2) «Comedores de carne humana», se entiende.

sido entre los suyos, se da por esclavo y vencido, acompaña al vencedor, le sirve con toda fidelidad, sin que su amo se preocupe de él para nada, más aún, en cuanto a la libertad de andarse por acá o por allá, lo hace a su antojo, casándose por lo general con la hija o con la hermana de su amo, hasta el día en que debe recibir la muerte y ser comido, y entonces tanto él como los hijos, prole de la propia hija del amo, son asados y comidos; entendido que esto ya no se hacía ni en Maraňan, Tapuítapera y Comma ni aun entre los *Caietes* sino muy rara vez». (p. 46).

Así pensaba el Indio y no dejaba de tener razón: ¡cuántas cosas no sacrifica el no-Indio y la no-India de nuestra raza y tiempo para estar a la moda, *coûte que coûte*, en vida y hacienda! Es de buen patriota morir por la patria, y es de buen gusto morir por la moda que rige.

Veamos, empero, cómo legislaba la mentalidad castellana en la época de las Leyes de Partida:

«Seyendo el Padre cercado en algunt castiello que tuviese de señor, si fuese tan coitado de fambre, que non hobiese al que comer, *podrie comer el fijo* sin malestanza ante que diese el castiello sin mandado de su señor».

De esta guisa pensaba la nación para quien se codificaba. ¿Con cuál de los dos juicios nos quedamos, del código consabido o del simpático esclavo *Tupí* de la misión francesa en la isla de Maraňan?

No se debe admitir así no más que la antropofagia sea una señal de barbarie mayor. En la América, los más horribles comedores de carne humana han sido los Indios de estirpe *Tupí-Guaraní, Caraíbi y... Mejicana*; con menos horribles detalles los de estirpe *Runa-Simi o Peruana y Chili o Araucana*: entre todos ellos era ya un rito consagrado con detalles de ceremonial muy complicado. Es una víctima que se sacrifica y los circunstantes participan en común, consumiendo cada cual su parte por ínfima que ella fuere.

El rito más sagrado de la religión cristiana es de un simbolismo eminentemente antropófago, que sin duda fuera real y positivo antes de la época de Isaac, y posteriormente, sólo proféticamente simbólico hasta el último sacrificio que fijó el misterio como dogma en la forma que lo conocemos. Sea todo ello dicho con la mayor reverencia.

II

LOS INDIOS CARAÏBE, SEGÚN DE ROCHEFORT

Así discurría el Rdo. P. Ives d'Évreux en su «Voyage dans le Nord du Brésil» (1) en 1613-14 acerca de la mentalidad y ciertas costumbres político-sociales de los Indios *Tapinambó* (2) y *Tobayara* (3) en la Isla Marañan y Tierra Firme inmediata (4). Veamos lo que de sus Indios *Caraïbi* nos cuenta el señor de Rochefort en su «*Histoire des Iles Antilles*» más o menos el año 1658 (5).

El *Caraïbi* se ofende si le dan el trato de «Salvaje» y no menos cuando los llaman «Canníbales», sin perjuicio de que se coman la carne de sus enemigos, pero lo hacen para dar gusto a su furia y a sus venganzas, y no porque les sepa mejor que cualquiera de las otras carnes que les sirven de alimento; mucho les complace, empero, que los llamen «*Caraïbes*», por sonarles como apelativo glorioso que acentúa la nota de su valor y caballerosidad; en realidad no son únicamente los *Apalachitas*, de cuyo medio ellos han emigrado, que con este vocablo dan a entender que se trata de un hombre guerrero, un hombre valiente, dotado de fuerza extraordinaria y diestro en el ejercicio de las armas. Los mismos *Aruacos*, sus enemigos capitales, se valen de esta palabra en el mismo sentido, pero con el agregado «*cruel*» (sic), a causa de los males que los tales *Caraïbes* les han hecho experimentar; tanto es así y tanto aman los Antillanos el apelativo aquel, que a cada rato se dicen con los europeos: «tú francés, yo Caraïbe soy».

Por lo demás, son de carácter suave y benigno; tan contrarios son a ser tratados con severidad que suelen morir de pena al verse víctimas de algún rigor de parte de las naciones que los poseen en calidad de esclavos, como sucedió cuando ciertos ingleses se llevaron con alevosía algunos de ellos a muchas leguas de distancia de su país natal. Con el

(1) Véase p. 69, nota (1).

(2) Los *Tapinambá* de nuestros autores; Indios de Pernambuco y bocas del Amazonas.

(3) *Tabayara* o *Tobayara* o *Tubayara*, la más noble nación de estirpe *Atré* o *Tupí*, al decir del P. Vasconcellos.

(4) Donde vivían indios de otras estirpes.

(5) Preciosa obra de gran importancia, por la escrupulosidad con que distingue entre el hablar de los varones y el de las mujeres.

buen trato, empero, todo se consigue de ellos, a la inversa de los negros, a quienes hay que tratar con dureza, porque de lo contrario se tornan insolentes, perezosos e (*infideles*) inservibles.

«Muy amenudo nos echan en cara lo avaro que somos y el empeño desmesurado con que amontonamos bienes para nosotros y para nuestros hijos, siendo que la tierra es capaz de mantenernos a todos los hombres, siempre que éstos quieran tomarse el trabajo de cultivarla por poco que éste sea; y por lo que respecta a ellos, se lo pasan sin cuidado alguno en cuanto a las cosas de su vida diaria, mientras que por otro lado están más gordos y más listos para lo que se ofrezca que los europeos: en una palabra, viven sin ambiciones, sin cuitas ni preocupaciones, sin pretender ganarse distinciones ni amontonar fortunas; desprecian el oro y la plata, como los Lacedemonios de la antigüedad, y como los *Peruanos*, igualmente satisfechos tanto con ser lo que son, cuanto con lo que la tierra les proporciona para su sostén. Al decir de ellos, si salen a cazar o a pescar, o si se les antoja derribar árboles para formar una huerta o para levantar su *bohío* (1), tareas todas ellas harto inocentes, y muy propias de la naturaleza humana las hacen sin apuro, a guisa de entretenimiento y jolgorio, cual si fuesen diversión» (p. 456).

«Más aún: les causa espanto cuando se aperciben que apreciamos en tanto el oro, ya que tenemos el vidrio y el cristal, que al parecer de ellos, son más bellos y desde luego de más valor. A propósito de todo esto, el historiador milanés Benzoni, en su historia del Nuevo Mundo nos cuenta lo siguiente: «los Indios, en señal de inquina contra la avaricia sin límites de los españoles (2) que los subyugaran, tomaban una moneda de oro y decían: He aquí el Dios de los Cristianos. «Por esto » se vienen de Castilla a nuestro país; por esto nos han con- » vertido en sus esclavos, nos han expulsado de nuestras ca- » sas, y han cometido horrendos crímenes contra nosotros; por » esto se hacen ellos la guerra entre sí; por esto se matan ellos » los unos a los otros; por esto es que se lo pasan ellos siem- » pre afligidos, se pelean, se saltean, se maldicen y blasfeman:

(1) Nombre indígena que se da a los ranchos o toldos en esas regiones.

(2) No fueron los españoles sólo los que con sus entradas sacrificaron a los pobres Indios; los cronistas cuentan de sendas factorías alemanas que en el primer siglo de la Conquista en América, anticiparon los horrores cometidos por los mismos en el Africa en los siglos XIX y XX.

» finalmente, no hay villanía ni iniquidad alguna de la que no » se valgan».

Ahora, por parte de los *Caraïbis* nuestros, si ven ellos a los cristianos que andan tristes y preocupados, se valen de la ocasión de chancearse amigablemente con ellos y con estas palabras: «Compadre (1): qué desventurado eres por tener que exponer la vida a viajes tan largos y tan peligrosos, y tener que amargarla con tantos cuidados y congojas. La pasión de tener algo te obliga a soportar tanta pena y te carga con estos quehaceres abrumadores. No es menos el cuidado que te inquieta por los bienes ya adquiridos, que aquel otro, por los que aun se están por adquirir. Toda la vida te la pasas temiendo no sea que alguien te los robe en tu país, o en viaje por esos mares, o que tus mercancías se pierdan en algún naufragio hundiéndose en el Océano. Así, pues, tú te encanececes antes de tiempo, se vuelven blancos tus cabellos, tu frente se llena de arrugas, incomodidades mil dan cuenta de tu salud, mil pesares te parten el corazón y a gran prisa te marchas hacia el sepulcro. ¿Qué, no te bastan los bienes que tu país te proporciona? ¿Por qué no despreciáis vosotros las riquezas como nosotros lo hacemos?»

Sobre este punto, Vicente le Blanc reproduce algo muy digno de ser leído, y dicho por ciertos brasilienses, quienes a la sazón le dirigían la palabra: «¿Estas riquezas que vosotros los cristianos perseguís desesperadamente, os hacen acaso entrar en mayor gracia de vuestro Dios? ¿Os evitan de tener que morir? ¿Os las lleváis *convusco* a la sepultura?» Casi con las mismas palabras hablaban ellos con Jean de Lery, como este autor lo cuenta en su historia (cap. 13).

Los *Caraïbes* también con toda razón y muy enfáticamente suelen echarles en cara a los europeos como una manifiesta injusticia «el haber usurpado para sí la tierra natal nuestra » Tú me has expulsado (dice la pobre gente) de San Cristóbal, de Nieves, de Monserrat, de San Martín, de la Antigua, » de la Gardeloupe (2), de la Barbada, de San Eustaquio, etc., » que no te pertenecían, dentro de lo cual no podías alegar » derecho alguno. Y tú me amenazas todavía con quitarme lo

(1) Nombre aprendido por ellos, y que usan siempre en señal de buena voluntad, como igualmente les sirve a las mujeres en sus tratos con las europeas para hacer constar su amistad.

(2) En nuestro romance la Guadalupe.

» poco que me queda. ¿Qué suerte le espera al pobre *Caraibe*?
» ¿Será ella que se vaya a vivir con los peces del mar? Muy
» mala por cierto debe ser tu tierra cuando tú la dejas para
» venirme a quitar la mía; o de no, mucha maldad será la
» tuya al venir así de pura gana de hacer mal a me perse-
» guir» (p. 458). La queja esta no denuncia una modalidad tan
de «Salvaje».

Por cierto que no; es una nota psicológica que de siglo en siglo asoma a través de las facultades atrofiadas del *Indígena Americano* embrutecido con 400 años de injusticias y de malos tratos. Las mismas o muy parecidas palabras las oía el viajero ingeniero don Juan Pelleschi en sus conversaciones con los Indios Matacos del Chaco Boreal (1), y las oíría cualquiera que «le gane el lado de las casas» al indígena.

Oigamos a otro misionero francés de la misma región y año 1665—el P. Ramón Bretón, quien actuó en las Antillas francesas e Isla de Gardeloupe—: las citas son de la reimpresión Platzman, Leipzig 1892 (2).

«Callinago, es este el verdadero nombre de nuestros «*Caraibes*» insulares, son esos «*Canibales*» (3) y antropófagos, de quienes tanto se quejan los españoles, como de gente que no han podido domar y que han devorado un número prodigioso de sus connacionales y de sus aliados (a estar a lo que sus libros cuentan); no es mi voluntad también hablar mal de ellos: por lo que a mí respecta no tengo motivo alguno de quejarme de ellos, muy al contrario, de buena gana podría quejarme de su exquisito trato para conmigo. (¡Oh, cuán dulce crueldad no fuera esa de ser molido, devorado y despedazado en la demandad e un Dios!)... las mujeres los llaman «*Cal lipónam.*» Así termina el artículo del ameno padre dominico (p. 105).

Comparemos la observación esta del P. Bretón con el diálogo anterior entre el P. Ivesy su esclavo *Tupi-Tobayara*, en cuanto a lo de ser comida de sus semejantes; de todo ello resulta un problema psicológico interesantísimo.

Para estos *Caraibes* «la Tierra es la buena Madre» (Roche-

(1) Conversaciones tantas veces producidas en trato continuo con ese inteligente viajero y amigo.

(2) Nunca se le podrá agradecer bastante a este ilustrado americanista sus fieles reproducciones de las más preciosas obras lingüísticas dejadas por los misioneros cristianos en las tres Américas.

(3) *Caní-ba-le* o *Ca-ni-ua-lí* «gente o nación enemiga».

fort, p. 469); si se les habla de la «Esencia Divina», etc., escuchan con atención y salen con esta: «Compadre, tú eres muy elocuente, tú eres *muché manigat* (hábil)».

He aquí otro caso relatado por de Rochefort: uno de los «*Caraiibes*» trabajaba en domingo y se le observó que «El Creador del Cielo y de la Tierra se enojaría con aquél hombre porque trabajaba en tal día reservado a su servicio». «Pues yo (replicó bruscamente el Indio) estoy enojado con Él; porque tú me dices que Él es el amo del mundo y de las estaciones; Él es, pues, quien no ha enviado la lluvia en su tiempo y que ha hecho secar mi mandioca y mis batatas, a causa de la gran sequía; por lo mismo que me ha tratado mal se me antoja trabajar todos los domingos para contrariarlo» (p. 470).

Cita también a Lery (cap. 17), a propósito de los *Tupinambás*, quienes al decirles que Dios era el autor del trueno, deducía que no era bueno porque se complacía en espantarlos de esa guisa (p. 470). Hasta aquí la mentalidad del *Tupinambá*, y con mucha gracia, el de Rochefort termina su párrafo así: (Ibid). «*Retournons aus* (1) *Caraiibes*»; y así lo haremos nosotros, porque pasa a tratar de cosas que mucho tienen que ver con una mentalidad algo superior, he aquí la prueba textual:

«*Ils ont un sentiment naturel de quelque Divinité, ou de » quelque puissance superieure et bienfaisante, qui reside es » Cieus*».

III

IDEAS RELIGIOSAS

No hay para qué ocuparnos de aquellos indígenas de las Américas que lucían sus mitologías más o menos complicadas, rivalizando así, también más o menos, favorablemente con las del viejo mundo; limitémonos más bien a los *Caraiibes* de Ro-

(1) *Aus* por *Aux* del francés moderno. La etimología es sencilla: *A = a*; *u = l*; *s = os = «a los»*. La prueba consta en las mismas citas; e. gr: *Cie-u-s*, según el análisis anterior se convierte lógicamente en *Cie-l-os*.

Del mismo modo *es* resulta de sincopación de *en-l-os* aunque de un modo más complicado; asimilación de *l* con *n* y pérdida de las dos *n* por simpatía. De la misma época es *ains*, «más aun», que yo correlaciono con el *ainda mais* del portugués: en sus sincopaciones de sonidos los dos romances se parecen.

chefort y a los *Tupí-Guaraní*s de las varias Misiones en las cuencas que largan sus aguas hacia el Atlántico.

Los Indios *Guaraní* tenían ese «*sentiment naturel de quelque Divinité*», que les atribuye de Rochefort a sus «*Caraibes*» de las Antillas Francesas, y en prueba de que la tenían, y que era algo más esencialmente superior a la tradición vulgar del hombre inconsciente, allí está esa palabra *Tupá* (1), Dios, adoptada y con tanto acierto por los misioneros de la Compañía de Jesús, en sus doctrinas guaranícas; la adoptaron y la sostuvieron contra todas las maledicciones de sus detractores, como la Iglesia Católica adoptó el término «*Dios*» con preferencia al de «*Jehovah*» en cualquiera de sus formas, no obstante que este vocablo y no aquél representa al nuestro que adoramos. No es fácil penetrar en todos los misterios que se encierran en las voces de «*Jehovah*» y «*Eloi*» (2), ni tampoco en los primitivos que resultaron «*Júpiter*» y «*Zeus*» con todas sus modificaciones legendarias o gramaticales; pero allí está el hecho contundente que hasta nuestros días decimos «*Dios*» y pensamos que es «*Jehovah*» o «*Elo-i*» con todos sus atributos.

Pasemos por alto ese ser misterioso *Tonapa* que asoma en la mitología peruana, y que en parte fué estudiado ya con alguna extensión (3), pero sin invadir posibles analogías en regiones ni *caribicas* (4) ni *guaraníes* (5). En este artículo sólo se trata de levantar un algo la opinión que se tiene de la mentalidad del Indio y de sus manifestaciones psicológicas.

Cuéntanos, pues, de Rochefort, que a ese buen Dios en que creen los *Caraibis*, les basta el poder gozar tranquilamente de las amenidades de su innata felicidad, sin agraviarse porque mal se porten los hombres, y que tan amplia es su bondad que no se siente inclinado a buscar medio alguno de vengarse; de donde resulta que no le rinden ni honores ni adoración, e interpretan ese tesoro inacabable de clemencia prodigado en su favor, y esa paciente longanimidad con que

(1) Ver *Tesoro*, R. DE MONTOYA, *in voce*, f. 402. Sin hacer mía la derivación, aplaudo el uso de la palabra como ideal en *América*.

(2) *Elo-i*—Este epíteto del Ser Supremo, aparte de la *i* final, que, como en *Kechua*, dice «*mí*» o «*mfo*», puede ser una síncopación de muchas evoluciones. Cuanto más viejo sea el Universo más misterios podrá encerrar ese sencillo *EL-o-i*, o su equivalente *Je-ho-va-h*.

(3) LAFONE QUEVEDO, «*Culto de Tonapa*», *Rev. del Museo de La Plata*, t. III, páginas 320 y sigtes.

(4) Porque *Tona* o *Tuna* es «*agua*» en esta lengua, y *To-tona-ca* era una de las naciones más cultas de Méjico.

(5) Como que *Tupá* «*Dios*», algo puede tener con *Tu-na* «*agua*».

los tolera, ora como impotencia de parte de Él, ora como indiferencia por lo que atañe a la conducta de los hombres.

Los Indios *Caraiibi*, como tantos otros, en sus ideas espirituales se manejan con sus «buenos y sus malos espíritus» (que sea dicho de paso, forman su corte celestial) de una manera bastante sencilla: los buenos, así se dijo ya, como buenos que son, yacen olvidados, y a los malos los repelen mediante la intervención de los hechiceros, llamados *boyé*, *boyaicon* o *boyeirí* (1). El nombre general de los «espíritus buenos» es *Akamboüe* (2) (dicen los varones) y *Opoyem* (3) (dicen las mujeres): en particular aquéllos usan el vocablo *Icheiri* (4) y éstas el de *Chemú* (5) con su plural *Chemügnum*; si es particular del individuo entonces él dice *Icheirikou*, (1) ella, *Nechemérakou* (6).

Mapoya o *Maboya* (7), llaman todos, varones y mujeres, al «diablo o espíritu malo».

Lo interesante en todo esto es, que *Chemú* sea el apelativo de Dios en boca de mujeres, porque es voz que tiene su historia. Por lo pronto ocurramos al *Glossario Brasiliense* de Martius, artículo *Taino* (8), lenguas de las Antillas, allí tenemos lo siguiente:

«Idolo», *Zemi*, *Zemes*, *Chemes*; «Spiritus» *Opoyen*; ambas palabras estas son femeniles según de Rochefort, y desde luego de origen *Aruacu*. La forma de algunos de estos *Zemes* o *Chemes* es conocida y a lo que parece, simbólica del sexo femenino. Ahora si el nombre y simbolismo éstos pueden hacerse extensivos a otro objeto que es el enigma de la arqueología antillana, resultará que el culto *Aruacu* de las Antillas era serpentino (9), desde luego en su simbolismo, eminentemente sexual, y, como era de suponer, de formas femeniles.

Este punto es interesante, por ser un eslabón más en la

(1) Términos estos de valor para estudios posteriores. Fijarse en las partes *bo* vel *po* y *eiri*.

(2) *Aka* y *bo* vel *po*, elementos léxicos muy de la región.

(3) Ver notas 1 y 2 que preceden.

(4) *Ich-eiri*. Ver nota 1.

(5) *Chemú*. Estos son los *Chemes* o *Zemes* o *Shemes*, dioses e ídolos de las Antillas. MARTIUS. Gloss. p. 315.

(6) *Ne-cheme-rakou*. Ver anterior.

(7) *Mapoya* vel *Maboya*. Es voz de forma negativa por el prefijo *Ma*. Los *opoyen* dicen las mujeres para significar los «espíritus buenos»; los *Ma-poya* son los «no-buenos», i. e., «malos».

(8) Gloss, p. 315 in voce *idolon*.

(9) Véase t. XI, Col. de Lib. para Hist. del Perú, «Relación por los primeros Agustinos», p. 20, donde se trata de los *Gua-chemi-nes*

cadena étnica que une las stirpes peruano-argentinas con las *caribicos-aruacas* de las Antillas y su Tierra Firme; también con el N. O. argentino donde se han hallado *Chemes* (1).

Otro eslabón importantísimo es el de los petroglifos: son ellos otros jalones que nos han dejado las hordas migratorias en su odisea desde el Mar Caribe hasta el Río de la Plata y desde el Mar Atlántico hasta el Pacífico (2).

Las fuerzas reproductoras de la naturaleza, por todas partes aparecen como objetos de culto de los indígenas, y aun cuando el tiempo y las persecuciones de cultos opuestos hayan hecho todo esfuerzo por hacer desaparecer el último rastro de las religiones del vencido, la casualidad y la arqueología reivindicadora de la historia sacan a luz pruebas de cómo actuaban y cómo pensaban naciones desaparecidas. Los nombres de lugar, el simbolismo de sus artefactos, su organización social, todo tiende a hermanar las naciones dispersas en la mayor parte de la América que conocemos.

¿Cómo se escribía la historia del Viejo Mundo cuando Humboldt viajaba por el continente nuestro de América y cómo se escribe ahora después de unos cien años? ¿Se pretenderá acaso que todo lo que se ha descubierto durante el mismo tiempo no tendrá que producir una historia de América muy distinta de la que conocemos? ¿Se han tenido en cuenta los trastornos telúricos en la distribución de tierra y agua, mucho más modernos que las épocas glaciales, y algunas de ellas acaso tan recientes como el principio de la era cristiana?

La cultura existente en América, sea cual fuere su origen, y los aprovechamientos de ella que la mentalidad indígena pudo hacer suyos, como uno de sus resultados, nos presentan esas eras solares de mil años divididos en dos *pacha-cuti* de quinientos años cada uno (3), y es curioso que después de haber explicado Montesinos lo que era un *pachacuti* (de tiempo), en el 2.º § del cap. XII (p. 71, Ed. 1882) diga esto: «A mí me enseñaron cuatro paredes antiquísimas sobre un cerro, y un criollo, gran lenguaráz y verídico, me certificó servía de reloj

(1) Amuletos triangulares muy curiosos hallados en la región antillana y también en la andina al N. O. de la Argentina.

(2) Todo ello son manifestaciones de una mentalidad superior a la que se atribuye a un mero salvaje, si es que lo hay, no siendo por degeneración.

(3) MONTESINOS, *Memorias antiguas del Perú*, p. 69. Cada «sol» equivalía a mil años y su mitad, llamada *pachacuti*, a quinientos. Esta cuenta de años guardaron siempre los indios de este reino hasta la venida de los españoles.

» este edificio a los indios antiguos.» Acababa el autor de contar cómo el rey Cápac Raymi Amauta con sus astrólogos «hallaron puntualmente los solsticios: era una manera » de reloj de sombras, y por ellas sabían cual día era largo » y cual corto, y cuando el sol iba y volvía a los trópicos».

De estos relojes solares, *inti-huatana* (1), descubrí yo uno en el valle Calchakí, lugar del Fuerte Quemado, Santa María de Yocavil, y asiento de los indios *Kalianos* compañeros de los *Kilmes* en sus infortunios y expatriación a Buenos Aires. Sobre un cerrillo estaban las «cuatro paredes», hoy destruidas por travesura de viajeros; los datos se conservan y un modelo de todo ello se halla en el Museo de La Plata. La cultura peruana era la de *Kalchaki*, pero a cargo del Dr. Lehmann Nitsche está el probar qué conocimientos astrológicos eran y son generales en toda la América.

El señor Clark Wissler en su *The American Indian*, publicado en Nueva York el año 1917, trae algunas palabras que aprovechamos para cerrar estos párrafos deshilvanados, no tanto así su intención.

«Por todos lados se oye: ¿Cómo llegó el Indio aquí? ¿Quiénes fueron sus abuelos? ¿Cuáles sus conocimientos y costumbres? ¿Qué produjo como resultado de sus propias iniciativas y de qué medios se valió para alcanzarlos? Digno y justo es que todo esto nos interese a los que estamos, porque no sólo hemos reemplazado al Indio en esta (su (?)) tierra, sino también hemos hecho nuestra (*absorbed*) gran parte de su cultura. Supongamos que por un golpe de magia hubiese desaparecido de nuestra historia, geografía y literatura, todo cuanto a esta raza (la americana) le corresponde. ¿Cuál y cuán grande no sería el vacío que nos quedaría en su lugar? ¿Cuál y cuánto no sería el daño que se nos irrogaría eliminadas que fuesen su pintura, su escultura y sus artes decorativas? Estas pérdidas nada serían, por grandes que sean, en comparación del abrumador vacío económico que nos resultaría si nos faltaran maíz, cacao, mandioca, patatas y batatas (3), calabazas (4), coca, quina (5), tabaco y todo ese cúmulo de productos que no

(1) Ver LAFONE QUEVEDO, *Tesoro de catamarqueñismos*, in voce, p.

(2) Permítaseme esta interpretación.

(3) «Patatas» son las «papas» y «batatas» los consabidos comestibles.

(4) Que nosotros llamamos «zapallos», etc.

(5) «Quinina» dice el original.

se nombran, pero son la contribución de los Indios a nuestra cultura. (1) Desde ese día portentoso del año 1492 en que Colón vió al primer Indio, hasta este momento, ha sido su raza la más estudiada de todas las del mundo; no existe otra alguna que más haya preocupado a la imaginación europea. Claro está, pues, que nos hallamos frente a frente con uno de nuestros más importantes haberes culturales, fuente de los rasgos más originales en nuestra actual cultura y una herencia que la podremos aprovechar a más y mejor. El otro día no más un estudiante de la vida indígena en Dakota, concibió la idea de instruir a los agricultores del Noroeste Americano, cómo habían de cultivar el maíz, no obstante la corta duración de su verano, si se valían de los métodos practicados por los Indios de la localidad años y años antes que el hombre blanco pusiese pie en aquella tierra. Ahí está la dama de última moda que se engalana y se viste con adornos y sederías en que figuran motivos indígenas, productos del gran renacimiento experimentado en todo lo que es arte decorativo americano, y gracias a los esfuerzos de los coleccionistas para nuestros museos y a los estudios científicos acerca de todo lo que atañe al *Indio* y sus modos de ser. Cúmplenos, pues, que aumentemos sistemáticamente nuestro conocimiento de esta raza que desaparece, cuya existencia ha sido pisoteada en el ardor sin piedad de lo que es la evolución cultural, pero, tan viril y tan perfecto era su ajuste a las circunstancias de su ambiente geográfico en los éxitos de su propia cultura, que han logrado perdurar imborrables. Introducción, (pp. 2 y 3).

Así piensa el antropólogo Clark Wissler, en Nueva York, y Museo de Historia Natural Americana, (1917); ¿Cómo pensamos nosotros en la República Argentina (1919)?

SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO.

(1) ¿Por qué no «maní» también, desde que hasta SCHMIDEL lo celebró en su recuento de las novedades alimenticias en el Río de la Plata?